

DE AYER A HOY

AL CABO DE TREINTA Y CUATRO AÑOS, ESCRIBIMOS LA SEGUNDA
PARTE DE UNA ENTREVISTA CON EL PROFESOR
TEÓFILO HERNANDO

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

Iniciamos hoy, en la prestigiosa revista CLÍNICA Y LABORATORIO, que hace cuarenta y ocho años fundara nuestro inolvidable amigo y maestro el doctor Horno Alcorta, una serie de reportajes dobles, publicados en su primera parte hace muchos años y continuados hoy para establecer una elemental comparación entre aquellos lejanos tiempos y los de ahora.

El 10 de mayo de 1919 publicábamos en "La Medicina Ibero" un reportaje de la cátedra de Terapéutica de San Carlos, que ya regentaba desde siete años antes el doctor don Teófilo Hernando, cátedra que había ganado en brillantes oposiciones cuando sólo contaba treinta y un años de edad. ¡Un guayabo!

Ahora, en estos días, cuando ya lleva dos años en la categoría de profesor jubilado "por mandato imperioso de la Ley" y de la edad, sus amigos, admiradores, discípulos y compañeros le han hecho objeto de un merecido homenaje científico, publicando una magnífica obra de cerca de seiscientas páginas en cuarto, en la que colaboran con enjundiosos trabajos desde Marañón a Jiménez Díaz, pasando por relevantes figuras de la investigación científica de todo el mundo.

Y nosotros hemos querido contribuir modestamente a este homenaje reproduciendo nuestro artículo periodístico tal como se publicó entonces y completado ahora con esta nota previa y una nueva y breve entrevista con el maestro.

He aquí lo que decíamos entonces:

CÓMO SE ENSEÑA Y CÓMO SE APRENDE TERAPÉUTICA EN SAN CARLOS

—¿A qué hora tiene usted la clase? —preguntamos al doctor Hernando, una noche, en el Lyón.

—A la una de la tarde. Antes era más temprano; pero como en estos días quiero hacer proyecciones de películas acerca de la acción medicamentosa de algunas substancias, y en San Carlos no hay otra clase disponible para proyecciones que la cátedra primera, he trasladado la hora a la una, porque es cuando únicamente está libre esta cátedra.

Y una de estas mañanas pasadas, en lugar de ir a tomar el aperitivo a cualquier café de la calle de Alcalá, un tranvía me trasladó a la Facultad de Medicina para oír una lección al catedrático de Terapéutica, doctor don Teófilo Hernando y Ortega.

En una de las galerías de San Carlos abordé a León, el bedel más voluminoso que he visto en mi vida:

—¿Ha venido a clase don Teófilo?

—No, señor; todavía no ha venido; pero no tardará.

Pocos momentos después entra en clase el doctor Hernando.

—Buenos días, don Teófilo —le decimos.

—Estamos de prestado en esta clase —dice Hernando—, y el aparato de «cine», que está preparando nuestro buen amigo Aznar, también es prestado por el doctor Maestre, que es el único catedrático de San Carlos que posee todo el material que necesita.

Mientras tanto, Aznar pone y quita lentes, da vueltas a la lámpara eléctrica que ilumina la proyección; pero, a pesar de su indiscutible pericia, no hay medio de corregir una falta de foco de la periferia.

Ante las dificultades para ver claramente la película y lo avanzado de la hora, se suspende hasta mañana el proyecto de hacer «cine»; se permite la entrada a los alumnos, que lo hacen en número de unos ciento cincuenta.

Hernando se ha sentado, invitándome para hacerlo a su lado; pero yo declino el honor y toman asiento junto al joven maestro los dos auxiliares.

Se hace un silencio absolutamente religioso y Hernando comienza a hablar a una velocidad imposible de seguir como no fuese por el más consumado taquígrafo. Sin embargo, el hilo de la explicación se sigue perfectamente, y es que, a pesar de la velocidad, el tono de la disertación es completamente familiar. Hernando habla como con unos camaradas en una conversación de café. A veces nos parece un ameno «causer» que ha hecho de la terapéutica un medio como otro cualquiera de distraer un rato a sus amigos.

La lección de hoy se refiere al opio y a la morfina. La película que no pudo ser proyectada trataba de la acción de la morfina sobre el corazón del conejo. Claro es que en esta película no tomaba parte ni la Bertini, ni siquiera Charlot. Pero, en cambio, lo hacían unos cuantos corazones de conejo, que, desde luego, son mucho más sensibles que los de cualquier mujer, por muy Bertini que se llame y por muy lánguidos que ponga los ojos.

Es lástima que yo no hubiese sido un gran taquígrafo. Dar taquígráficamente tomada la lección de hoy hubiera sido un obsequio que mis lectores me habrían agradecido mucho.

Hernando es el catedrático más joven de San Carlos. Andará rondando los treinta y cinco años, y ya son varios los que lleva explicando Terapéutica. Viste pulcramente de negro. Lleva cuidadosamente «planchados» los cabellos negros, como teñidos con una tintura a base de ébano, si esto fuera posible.

Durante la explicación apenas acciona. De vez en vez, desentrelaza las manos, que casi siempre tiene cruzadas, a excepción de los índices, que se apoyan



TEÓFILO HERNANDO, A LOS 10 AÑOS

uno sobre otro en ángulo muy agudo. Pero, en cambio, parece como si quisiera ayudar a la mejor comprensión de sus palabras con expresivos gestos de toda su cara, especialmente de sus ojos, esos ojos pequeñitos y hundidos que tienen un profundo poder de penetración.

Alguna vez salpica la explicación con el relato de algún caso clínico. Pero yo creo que éste es un recurso que, aun siendo de gran amenidad, no es necesario en Hernando para mantener la atención del auditorio.

Al hablar del método de Fleischig para el tratamiento de la epilepsia por la morfina, yo, que no estoy muy fuerte en eso de la ortografía de los apellidos extranjeros, escribo el nombre tal como queda transcrito, y se lo entrego al auxiliar para que me diga si se escribe así. El lo escribe trasladando la s detrás de la ch: Fleischsig. ¡Muchas gracias, joven amigo!

Cuando ya faltan unos minutos para terminar la clase, se nota un rumor entre los alumnos. Y entonces Hernando, sin variar de tono, dice:

—Qué, ¿se cansan ustedes ya?

Algunos de los escolares sonríen y vuelven al silencio.

Unos minutos más tarde entra León, se quita la gorra, se inclina en una reverencia que quiere ser versallesca, pero que resulta de un grotesco subido, y vase sin decir nada. Es que ya es la hora.

Desfilan los alumnos, mientras yo dirijo algunas preguntas, cuya respuesta puede servir de complemento a este artículo.

—¿Pasa usted lista alguna vez?

—No, nunca. Y cuando pregunto, que son pocas veces, si no está el alumno o no quiere salir, tampoco le pongo falta. A veces les pregunto, señalándole con el dedo: «A ver, usted, dígame tal cosa».

—¿Suspende usted mucho?

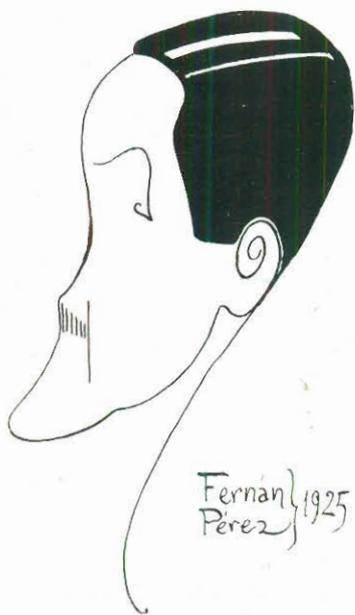
—No. Yo no creo que el mejor modo de enseñar sea apretar en los exámenes. Es mucho más fácil estimular a los alumnos para el estudio. Yo tengo un programa que no está impreso. Hay un ejemplar en el Decanato y otro tengo yo. El alumno que quiere, viene y me lo pide para copiarlo. El que desea contestarme por otro programa vigente en cualquier Facultad de España o del mundo, me trae su programa y yo le pregunto por él. Tampoco tengo especial predilección por texto alguno. Cuando un alumno me dice: «Yo he estudiado por el Arnozán», yo tomo el Arnozán y le pregunto por el índice del libro lo que me parece. Cualquier libro me parece bien, menos los publicados antes de 1905 y el Lefert, porque éste es muy reducido, demasiado esquemático.

—Y de las alumnas, ¿qué me dice usted?

—Tengo tres; pero dejemos eso de las alumnas, porque si hablo bien, dicen que es por galantería; si hablo mal, está feo. Yo no les pregunto nunca.

—Y en práctica, ¿qué hacen los alumnos?

—Las prácticas las dan mis dos auxiliares actuando de ayudantes; este se-



D. TEÓFILO HERNANDO, VISTO POR EL DOCTOR FERNÁN FÉREZ, EN EL AÑO 1925

ñor «auxiliaroide», doctor Fernández Cid, el interno numerario, y un «internoide». Estoy bien de personal. Una de las prácticas consiste en el examen de medicamentos. Otra, en las reacciones más corrientes. Otra, en experimentación sobre animales. A veces, aquí, en clase, practicamos diferentes experimentos; pero, aparte de las dificultades que hay para ello, que son la causa de que muchas veces salgan mal casi todos, se pierde un tiempo precioso para la explicación. Por eso he traído esas películas que íbamos a proyectar hoy. No tengo más que tres; pero las he pedido para una especie de ensayo que nos permita impresionar otras películas aquí con nuestros laboratorios; lo que tendría enormes ventajas sobre los experimentos que pudiéramos hacer delante de los alumnos.

Hemos salido de la clase. Hernando ha marchado calle de Atocha abajo con algunos de los ayudantes. Yo he tomado un tranvía, camino de la Puerta del Sol.

Hernando es un catedrático interesante —me digo—. Es un cultivador del diletantismo filosófico. Quiere aparentar delante de todo el mundo que todo le importa un bledo, y a veces se le ve queriendo dominar al gran corazón que posee con un gesto de indiferencia. «Nos ha salido mal —dice—; que se metan con nosotros. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber.» Se aprieta nerviosamente el nudo de

la corbata y aparenta que no le importa, cuando en realidad está fastidiadísimo; pero se domina. Es la influencia de la alta intelectualidad, de la fuerza educativa.

En la Puerta del Sol he dejado el tranvía... y en él, las reflexiones...

Dr. ZHITO



EL PROFESOR HERNANDO POSA CON SU HIJO PARA «CLÍNICA Y LABORATORIO» .

* * *

Hasta aquí, y firmado con el pseudónimo que en aquellos años usaba, queda transcrita mi interviú con el profesor Hernando, que hoy hemos reanudado, en su domicilio de la calle de Don Ramón de la Cruz. Don Teófilo está menos

joven que entonces, pero ha logrado conservar su plenitud, su privilegiada mentalidad y casi por entero su misma agilidad física de siempre, el mismo buen humor y el color juvenil de su cabellera, reducida en cantidad, es verdad, pero de un tono que nos hace sospechar sea debido a alguna combinación de sus amplios conocimientos en Farmacología y Terapéutica..., aplicados a la estética. Pero don Teófilo nos asegura formalmente que jamás se ha echado en la cabeza otra cosa que «aqua fontis», y nosotros lo creemos a pies juntillas.

De los avances terapéuticos, el profesor Hernando ha publicado recientemente valiosos trabajos en diversas revistas profesionales y ha dado en academias y clínicas magistrales conferencias sobre estas cuestiones, que nos relevan de hablar de ellas en este reportaje para no hacerlo interminable.

—¿Volvería usted a ser médico, don Teófilo?

—Sí, volvería a ser médico, porque aun cuando el ejercicio profesional ha evolucionado mucho y hoy no es la Medicina lo que era antaño, yo conservo tal vocación con esta ciencia y este arte, que, a pesar de todo, volvería a ser médico, como lo ha sido mi hijo, por pura vocación.

—Y de no haber sido médico, ¿qué le habría gustado ser?

—No sé. Acaso, librero de viejo...

—¿Qué hace su hijo?

—Aprendiendo a ser buen médico. Terminó la licenciatura y el doctorado, y ahora, durante varios años, asistirá a las clínicas de los maestros Marañón y Jiménez Díaz, para poder llegar a ser un buen médico.

Y don Teófilo ha llamado a su hijo y me lo ha presentado. Es un chico fuerte y franco, que a mi pregunta si gana algún dinero, me ha respondido sencillamente: «Ni un céntimo».

—¿Y usted, don Teófilo, ha ganado dinero en su larga y brillante carrera?

—Pues verá usted, para «un buen pasar». Porque con una profesión como la Medicina nadie se hace rico con la misma facilidad que dedicándose, por ejemplo, a un negocio de chatarra...

—¿Y está usted satisfecho de haber sido médico y de que lo sea su hijo?

—Francamente satisfecho. Viendo enfermos es como se siente uno más cerca de la verdadera humanidad y casi de la Divinidad.

Hemos obtenido unas fotos y apurado la copa con que amablemente nos ha obsequiado el profesor Hernando. Le hemos dado las gracias por sus amabilidades y nos hemos sentado a la máquina para escribir este breve colofón al reportaje de hace treinta y cuatro años.